

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8650

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 27 de Agosto de 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LOS ACREEDORES PREFERENTES.

El Diario Mercantil de Barcelona ha publicado un artículo con este epígrafe, que ciertamente merece fije en él su atención el comercio.

Tal va siendo la nube de ellos, dice el apreciable colega barcelonés, y tales los resultados que imponen en las suspensiones y quiebras que se presentan, que no podemos menos de protestar ante esa falange de auxiliares del mal ajeno, que no temen agravar con su aparente indiscutible derecho, aun cuando con él ahoguen justas y honradas aspiraciones que se defraudan en la mayoría de los casos sin una razón legal que lo justifique. Y como ésta no es para nosotros, ciertamente, la que puede desprenderse de la escritura en que así conste, sino que por el contrario, creemos no es con mucho bastante para que por sí sola la resuelva, habremos de mirar siempre con desconfianza y prevención cuantos casos ocurran de esta índole, y solo nos merecerán entero crédito é indiscutible y perfecto derecho, las que por la comprobabilidad del suspenso ó del quebrado, lo prueben de modo tal, que su sola enunciación lleve este conocimiento á cuantos se hallen en la triste y desconsoladora necesidad de proponer de convenio, que algunas semejan legalizaciones de osadía y atrevimiento sin iguales, que en otras esferas de la vida merecerían justísimo castigo.

Es, pues, de absoluta é imprescindible necesidad, si queremos ir agotando cuantos medios disponen hoy los que al comercio vienen con marcada mala fe y de él hacen base firmísima para adquirir una fortuna, que en todas las ocasiones y en todos los casos en que los acreedores preferentes aparezcan como desinteresados defensores de lo que dicen suyo, y hasta del suspenso ó del quebrado, se aquilate de tal modo la administración de estos y se examine con tal precisión y cuidado su contabilidad, que ésta sea la consejera fidelísima que nos diga si en verdad debemos admitir el valer é influencia de los acreedores preferentes, que en la mayoría de los casos son los que imponen la proposición de convenio, y los que, á espaldas de ella, no siempre son lo que parecen ser.

Como no es posible admitir que, desde el primer día en que un comerciante se establece, lo haga con el propósito deliberado de estafar á sus acreedores, sino que la estafa ocurre por mil incidentes que sería prolijo enumerar, no es extraño que al llegar ese estado anormal del comerciante, éste acuda al amigo que le auxilia á salir

triumfante de una situación que no supo ó no quiso evitar, ya que no digamos preparó á sabiendas para realizar propósitos criminales, y de ahí que surjan acreedores preferentes, que llamaremos de dudosa procedencia, cuando tanto se preocupa de ellos la opinión pública y tanto murmura luego al conocer ciertos desastres. Creemos medio eficazísimo y hasta radical si se quiere, para conseguir que aminore esa novísima plaga mercantil, el de no dejar á manos extrañas é inexpertas el estudio de la contabilidad de un suspenso ó quebrado, puesto que haciendo ese estudio á conciencia, habría de resultar probada la verdad de los créditos primero, y de la preferencia, después.

Hay quienes miran con desdén y menosprecio la contabilidad mercantil, como si ésta fuera asunto de escasa importancia que juzgan propio de cualesquiera manos, y nada les preocupa la verdad ó la mentira de la contabilidad misma, que tanto puede existir la una como la otra, al desconocer su fundamento y al ignorar las prácticas que aquella exige, por la experiencia de los hechos que no es posible negar. En esto nos fundamos para recomendar, en toda suspensión ó quiebra, que la masa de acreedores examine la contabilidad, bien seguros de que en ella encontrarán testigo elocuente y de mayor excepción que pruebe con evidencia incontestable la verdad de cuanto necesiten saber, en lo que respecta á la preferencia de ciertos créditos y al resultado de algunos balances, que bien pueden haberse amoldado cómodamente al gusto del consumidor.

REFORMAS SANITARIAS.

Con este título publica en *El Resumen* el Dr. Settier, un artículo dirigido al Director General de Sanidad, de cuyo trabajo tomamos los siguientes párrafos:

«Aquí hay una anarquía completa en asuntos sanitarios; la vigilancia en los puertos no existe; la epidemiología se desconoce en absoluto; no hay un criterio científico determinado en lo que se refiere á profilaxis de las epidemias; en unos puntos se establecen los aislamientos más absolutos, y en otros se permite la libre circulación sin el menor obstáculo; aquí se hacen fumigaciones, y allá sólo reconocimientos facultativos; un día se visitan familias y habitantes de toda una casa, y al siguiente se permite entrar y salir en los domicilios de los invadidos, sin que la administración ponga el menor obstáculo por su parte.

Se derrocha el dinero en desinfectantes que —según han demostrado los experimentos hechos en laboratorios de otros países— son los que menos desinfectan cuando se pudieran emplear otros más activos, que á la vez son mucho más económicos. Los delegados del Gobierno andan de un lado para otro sin dar ningún resultado útil, y gastando en dietas grandes cantidades, que luego pueden hacer falta para servicios más perentorios.

Por último, todo cuanto depende del ramo de Beneficencia y Sanidad, del cual es usted jefe superior, está en tal estado que no es posible una reforma, porque forma no tiene ni buena ni mala, sino una organización completamente nueva, tal como las de los países que, en esto como en otras muchas cosas, nos sirven ó nos deben servir de modelo.

¿Cómo, si no á un abandono completo, debe España la actual epidemia de cólera? Esta ha penetrado por algún puerto. Y si los de Inglaterra, Hamburgo, Marsella, Génova, Amberes, Burdeos, cada uno de los cuales tiene mayor movimiento de buques en un mes que el de Valencia tiene en un año, han podido librarse perfectamente de la epidemia asiática, ¿cómo han dejado los españoles paso al buque que la trajo á bordo?

Esto demuestra á usted lo bien organizada que está la dirección de Beneficencia y Sanidad, y lo perfectamente que cumplen sus subordinados sus deberes.»

Variedades.

AMARGO DESENGAÑO

¡Aurora, ven á mis brazos!
Ven á mis brazos, Aurora,
y permite al que te adora
que te estreche en santos lazos.

Mira me así, contemplando
lo grande de tu belleza;
permite que mi cabeza
recline en tu pecho blando.
¡Qué hermosa y divina estás!
¡Qué cintura y qué garganta!
¡Tu suave cutis me encanta!
No me abandones jamás.

Así Virgilio soñaba
cierta noche de verano,
y aquel sueño, muy ufano
por realidad lo tomaba.

De pronto agudo dolor
sintió, despertó asustado
y vio una gata á su lado
que jugando le arañó.

M. II.

JUAN PABLO

(CUENTO FANTÁSTICO)

La mar estaba gruesa; y aunque el sol lucía claro, una nube parduzca se iba condensando allá á lo lejos.

Juan Pablo, su mujer y sus dos chiquitines estaban inquietos en la playa junto á la barca pescadora. — «No ocurrirá nada» — decía el vigoroso marino procurando desvanecer un ligero temor que á su pesar le embargaba. — «No salgas» — decía su mujer. — «¿Y estos?» — observaba Juan Pablo señalando á los dos pequeños — hay que ganar el pan.»

Ni una lancha surcaba las olas; pero esto no significaba nada.

El mar no estaba muy amenazador. Algo de oleaje y nada más.

Por otra parte, acababa de amanecer, y á medida que el sol levantara, el cielo despejaría.

El marino desatracó la barca y preparó las redes.

Su mujer hizo el último esfuerzo. «¡Bahl! — repuso el pescador con un movimiento de hombros — á medio día estoy de vuelta.» Levantó enseguida á los dos pequeñuelos, uno tras otro, y los besó en la frente. Besó también á su mujer y entrando en la barca desplegó la pequeña vela. El viento la hinchó y Juan Pablo se alejó de la costa.

Ya estaba lejos y el marino seguía viendo á su mujer inmóvil, con un hijo en cada brazo, siguiendo ansiosa con la vista el curso de la barca.

A las ocho arreció el viento y el oleaje. A las diez el sol se nubló completamente y el vendaval hizo crujir los palos de la barca.

La costa había desaparecido y ni una sola embarcación surcaba el mar.

Horrible fue la tormenta.

Los dos monstruos, la nube y el mar, se revolvieron furiosos uno contra otro; el viento desgarrando el agua; las olas precipitándose en la nave.

Juan Pablo arrojó las redes para aligerar. Un golpe de agua rompió la quilla y el huracán desgarró la vela.

El pescador, sin fuerzas para luchar contra las olas, se agarró á una tabla. Lloró, y las olas disolvieron sus lágrimas. Rezó, y el viento ahogó sus oraciones. Cerró los ojos para representarse bien á su mujer y á sus dos hijos, y poco después, agonizante y extenuado, soltó la tabla y pronunció un «adiós.»

II

Poco ó mucho tiempo después, Dios sabe cuándo, despertó Juan Pablo y se encontró sobre un mullido lecho, en el centro de una habitación desnuda.

Un suave resplandor de crepúsculo entraba por una ventana.

El lecho era de hojas secas y flores amarillas.

Juan Pablo recordó como un sueño cuánto le había ocurrido; se palpó el cuerpo y no se halló lesión ninguna; al revés, le parecía gozar de un bienestar indecible.

El marino registró la habitación: no había nadie.

Se levantó y avanzó hasta la ventana.

Cuando llegó y contempló el paisaje, se quedó suspenso.

Un sol tibio arrojaba una luz suave sobre frondosos bosques de cipreses y desmayos. Fina arena alfombraba el suelo.

En el cielo, de un color azul oscuro, no se veía ni una nube, y un silencio sepulcral reinaba en el espacio.

Ni un pájaro en el aire; ni un arroyo en la tierra. Juan Pablo vislumbró á lo lejos el mar; pero advirtió que las olas morían en la playa sin rumor ninguno.

¿Le había arrojado la tormenta á aquel paraje y le habían recogido y salvado milagrosamente? En tal caso, ¿en qué tierra se hallaba? ¿Quién era su salvador?

Al cabo de mucho tiempo de estar apoyado contra la ventana, el marino se retiró, y al volverse se encontró con una mujer que estaba sentada en el lecho de donde él se había levantado hacía poco.

Aquella mujer era alta, delgada, sin demacración, pálida, de grandes y tristes ojos negros, cabello negro también, que le caía sobre los hombros dejando descubierta una frente de marfil, sonrisa bondadosa y dulce. Todo su ser parecía como envuelto en una atmósfera de vaga melancolía. — «¿Quién eres?» — preguntó el marino. — «La Muerta» — respondió la mujer.

III

Juan Pablo retrocedió.

— «¿Estoy á tu lado?» — preguntó. — «Sí» — contestó la mujer, — las olas te arrojaron á esta playa y yo te he recogido. Aquí dormirás eternamente al calor de mi regazo y velaré tu sueño como madre cariñosa. Aquí no existen penas ni alegrías y la eternidad se desliza con la dulce melancolía de ese sol que no se pone nunca. Ni se cuentan las horas, ni se miden los espacios. Tendré para tí sonrisas cariñosas y mi pecho, aunque frío, te prestará calor. Olvidarás á mi lado las tristezas de la vida y acabarás por amarme como yo te amo.» — Y la mujer al decir esto tendió hacia el marino sus amarillentos brazos.

Juan Pablo los rechazó.

— «No» — repuso — «tengo del mundo recuerdos bien recientes y hermosos para renunciar á ellos. Tengo una mujer que me